

# Patria o «convivencia»

## LA NUEVA POLICIA «OPERATIVA»

La II República organizó allá por 1932 las secciones de la Guardia de Seguridad tituladas «Guardias de Asalto». Era una nueva policía entrenada para combatir el alboroto y las manifestaciones callejeas. Se les dotó de material adecuado, especialmente las vergas o porras de goma y cuero que se vieron entonces por vez primera.

Ahora —leemos en la prensa— se han creado dentro de la Policía Armada los «Grupos Especiales Operativos» (GEO), entrenados y armados para la lucha terrorista, que es lo de hoy como el tumulto ciudadano era lo de ayer.

La Guardia de Asalto fracasó en su misión puesto que nunca se logró un orden público estable en los cinco años de República. No por fallo humano técnico de aquella policía, sino por la debilidad o falta de autoridad congénita en aquel régimen, nacido de la demagogia y orientado hacia la revolución.

Lo mismo sucederá, previsiblemente, con estos GEOS, que, preparados —como se nos informa— «para morir», quizá cumplan con su deber, pero presenciarán cómo los delincuentes y terroristas apresados con riesgo de sus vidas acuden a los tres días a pitorearse de ellos ante sus propios cuarteles.

La misma presentación oficial de esta super-policía denuncia ya de por sí su falta de cimiento o sus «pies de barro». Los GEO —se nos dice— tienen «una misión al servicio del pueblo, de todos los españoles, y por encima de cualquier opción política».

Este término *opción* (y su bárbado derivado *opcional*) se emplea aquí en su forma más equívoca, impropia y desorientadora. De él usan y abusan tanto los doctrinarios de la democracia como los clérigos progresistas. Diríase que lo que puede ventilarse en unas elecciones generales, y lo que se discute hoy en España y en el mundo, es una simple opción ante un muestrario comercial. Cuestión de gustos o de moda. Como si simplemente un partido representara —por ejemplo— una mayor protección a la agricultura y otro a la industria, o uno sugiriera una cierta descentralización administrativa frente a otro más centralista: temas discutibles, enteramente optativos y discrecionales.

Pero aquí no se trata de eso, y bien lo saben los políticos y los eclesiásticos que echan mano del término «opciones» para sus sofismas y enredos mentales. Cuando una de esas «opciones» es el comunismo internacional, y otra es la anarquía como sistema, y otra la lealtad a la fe católica y a la tradición política, y otra al troceamiento de la patria desde uno u otro ángulo, y etc., etc., no puede concebirse que haya nada «por encima de esas (supuestas) opciones», ni que pueda cimentarse allá institución alguna, ni menos una que reclame la vida misma de sus servidores.

¿Qué <sup>1943</sup> después de eliminar la fe religiosa, la lealtad patria, la unidad nacional, la existencia misma de la patria? ¿De qué abstracta e inhóspita región serán guardianes esos soldados? ¿Qué especie de «cascos azules» de una ONU hispana habrán de ser? ¿Servidores de la nada o del vacío mental?

Los demócratas liberales responderán que son guardianes de la convivencia ciudadana, y que nada de aquello se elimina, sino que se convierte en opinión u opción política, alternativa y respetuosa con las demás opciones. Sin embargo, ¿qué cristiano de esta tierra ve-

ría impávido la extirpación de la fe, la ateización de su familia, de sus hijos, de su propia alma, en una «reeducación socialista»? ¿Qué fe sería la suya? ¿Qué español presenciaría indiferente el descuartizamiento de España o su integración innominada en un universo soviético? ¿Qué patriotismo sería el suyo? ¿Quien verá impasible la descerebración general hasta hacer de toda convicción y de toda lealtad una mera opinión, una alternativa o una *opción* tan legítima como cualquier otra? ¿Qué humanidad sería la suya?

Este es el gran error —y la gran apostasía— que sólo Dios sabe hasta dónde habremos de purgar. Un país dividido por abismos insondables no se reconstruye ni se gobierna legalizando esos abismos y creando otros mayores. Se reconstruye y se gobierna sobre una fe y unos principios que otorguen sentido moral a las leyes y a las conciencias.

¿Sobre qué fe y qué principios?

No sobre los que inventó un día alguien llamado Locke o Rousseau, ni sobre los que escribió Marx en el manifiesto comunista, ni sobre los que discurrieron un Sabino Arana o un Prat de la Riba, ni sobre los que propugnaron los adaptadores españoles del fascismo o del nacional socialismo. Sólo sobre lo que realmente puede considerarse como patrimonio común de los españoles (aunque no todos lo reconozcan): la fe de nuestros antepasados y la tradición política de nuestra patria: aquello que está en la raigambre de todos y no es invención de nadie.

Que afrontar la reconstrucción de un edificio es, ante todo, afrontar el problema de su cimentación. Las verdaderas «opciones» sobre la distribución de sus habitaciones o el color de su fachada vienen después, mucho después.

RAFAEL GAMBRA

## PERIODISTAS UN TANTO ESPECIALES

«Todavía latén en este país viejas imágenes estereotipadas, les trasnochados, frenos culturales con olor a naftalina y algún otro cadáver, que se desentierra en las grandes ocasiones con un rito pagano.»

La frase, tan pomposa y tan redonda, es de Antonio Papell me llega en un recorte de periódico que creo que pertenece a «El río de Navarra». La frase es tan exacta y el autor tiene tanta razón que no resisto la tentación de glosarla. Aunque sólo sea por la mejor prueba de su exactitud se encuentra en el mismo artículo.

A Papell en efecto no le parece bien que la Iglesia y sus fieles para que éstos, en la maraña de tantos papales y sus ciones políticas, encuentren el camino de...